

## Héctor Garbarino

1918-2001

Y ¿cómo se hace para seguir en contacto con esto? le preguntó perentoriamente aquel estudiante de psicología de la Licenciatura de Facultad de Humanidades. El interrogado era el Profesor de Psicoanálisis Willy Baranger. Finalizaba el año académico 1957. No tardaría en llegar el año social 1958, el de la Ley Orgánica universitaria, el de “¡Obreros y estudiantes, unidos y adelante!”; también el de la objeción al ejercicio del psicoanálisis por parte de los legos en Medicina.

Así recibí de Baranger el nombre de Héctor Garbarino y la sugerencia de constituir un grupo de terapia. Se lo hice saber a los compañeros interesados y se me comisionó para ubicarlo. Fue a la entrada de una frutería a la que había ido de compras, situada en Guadalupe entre San Martín y Millán. Lo venía siguiendo desde la salida del Hospital Psiquiátrico. El hombre parecía en ese momento de pocas pulgas. Debe ser el cuidado de los analistas por sus encuadres, entré a justificarlo, inaugurando la idealización.

Yo no sabía qué eran los encuadres, ni que había por lo menos dos tipos de grupos psicoanalíticos, así que cuando me dijo: “¡Bueno, pero grupo de terapia, no de estudios!”, tuve que demorar para decirle que sí, por supuesto, que no habíamos pensado en otra cosa...

El analista de grupo de terapia se despidió rápidamente, esbozó una sonrisa por tironeo del labio superior, quedó mencionada alguna cuestión práctica referida a número telefónico, a fechas.

Noté que rengueaba. Supe más tarde que correspondía a un accidente automovilístico, al parecer de poca monta. Y no averigüé más, por aquello que tenía tan claro, de que había que respetar los encuadres y no exagerar las transferencias.

Ahora que se nos fue muriendo –a sabiendas, apoderándose de su destino– los recuerdos se juntan con esos otros, los del maestro, tan respetado y confiable.

Hombre y maestro, eran modos de designarlo en el curso de sesudas y filiales discusiones promovidas o animadas por el entrañable Héctor García Rocco. Mientras tanto, otro querido amigo apuntaba, como precisión caracterizadora sobre el hombre y el maestro, que había estado en una reunión, que Garbarino parecía en otra parte, pero que lo que le interesaba no se le pasaba de largo. Así decía Tomás Bedó, con referencia a lo que ahora distingue nuestro erudito amigo Daniel Gil: Garbarino no era un distraído sino un abstraído.

Su concentración no era un encierro en la fortaleza. Se prodigaba en las múltiples dimensiones que van desde la etapa fundacional de la Asociación en adelante, la Universidad incluida. Si muchas veces se hacía presente escuchando, supo decir y escribir, dejando una obra que, como la sesión de análisis, no se concibe sin diálogo.

Su rigor intelectual se compaginaba con lo más estricta modestia, facilitada por la propensión al humor y la capacidad decisiva de reír. Fue hombre bondadoso pero no santurrón.

Coherente hasta lo insospechado: la primera vez que nos convidó a un asado en Parque del Plata llegué a preguntarme cuándo iba a estar pronto, dada la ventaja que le estaban llevando las copas a los sólidos. Por suerte no dije nada –creo– porque el asado estuvo pronto cuando tenía que estar. Y ahí me di cuenta que asaba como analizaba, a fuego lento: sin dejar pasar, sin apurar.

\* \* \*

Un analizando, hoy colega, llegó un día a la sesión entre el asombro y el terror. Había visto a Garbarino leyendo a Freud (el conocido color de la edición argentina) por Bulevar Artigas. En Rivera el candidato estuvo paralizado, obviamente temiendo un accidente. Pero Garbarino cruzó cuando correspondía y no pasó una desgracia.

Este comentado episodio es significativo. Garbarino se concentraba en Freud, pero lo dejaba cuando tenía que dejarlo. Así encontró que no alcanzaba con ensanchar la teoría freudiana sobre las neurosis para comprender las psicosis. No estiró en vano los paradigmas sino que pensó en sustituir lo que fuera menester, replanteándose entre otras, las perspectivas que ofrecía la noción de narcisismo.

He ahí un cabal magisterio. Porque del mismo modo enseñó a poder discrepar con él, lo posibilitó, lo propició. Pero en serio, con rigor, no con un “yosientoqueísmo” tilingo e improvisado.

Y puede decirse de él con Hölderlin: “Quien pensó lo más hondo, ama lo más vivo”. Y puede irse con la mayor dignidad, en consonancia con la sonrisa sutil e inteligente, con la mirada diáfana, con la palabra rescatada para el diálogo, que forman parte con seguridad de lo perdurable de su recuerdo viviente.

\* \* \*

Saludo a Mercedes y con ella, a la familia.

Agradezco a Daniel su recordatorio en Brecha, al que me remito. Quisiera poder leer las palabras dichas por Ricardo Bernardi.

Entre amigos y compañeros no deseo dejar pasar la oportunidad de agradecer del mismo modo a Mario Torres su evocación del también entrañable Daniel Najson.

*Marcos Lijtenstein*